

## Aclaración sobre el poeticismo

por Eduardo Lizalde

En la sección de “Libros” del suplemento del periódico EL NACIONAL, el joven crítico Salvador Reyes Nevares publicó el pasado 22 de marzo, una nota acerca del libro “Dimensión Imaginaria” de Enrique González Rojo; obra con el número 29 por Cuadernos Americanos. La presente “aclaración” no tiene más objeto que el de señalar algunos puntos mal interpretados por el señor Reyes Nevares, y de aclararlos no sólo a él sino a todos los lectores de esta primera manifestación de la Teoría Poeticista. Y me considero la persona más indicada para escribir estas líneas porque soy, con González Rojo, el creador de la teoría mencionada.

En primer lugar, pienso que el joven Reyes Nevares, antes de afirmar que González Rojo “llega a extremos que difícilmente puede tolerar el género al que él se dedica”, debió reflexionar en el hecho de que González Rojo no es poeta sino “poeticista”. Valga esta aclaración como crítica al párrafo siguiente de la nota del Suplemento, en donde su autor hace dogmáticamente una serie de afirmaciones sobre el “género poesía” como si éste se hallara definido objetivamente —y con necesidad— por una estética establecida universalmente, y como si no existieran “poetas” con tendencias evidentemente contrarias entre sí, como en el caso de un Lope y de un Góngora. Cuando, aludiendo a este último habla a continuación de la inteligibilidad, Reyes Nevares parece contradecirse, si es que no le está dando a la palabra inteligibilidad un sentido que no es el gramatical, pues dice, pareciendo confundir la obscuridad con la complejidad, que la obscuridad de un poeta puede ser en todos los casos aclarada intuyendo el estado subjetivo del mismo poeta, de manera que, “el lector no tendrá mas que colocarse en ese estado para entender lo que el poeta dice”. Si la explicación se halla en el estado subjetivo del poeta quiere decir que no se encuentra expresada en la obra, luego, si está ahí, en ese laberíntico

paraje que es la subjetividad del literato ¿cómo va el lector a encontrarla?, ¿cómo va a colocarse en un estado subjetivo que no le pertenece y que por ello desconoce? La contradicción es evidente. Nuestra tendencia, en cambio, sí le da al lector la oportunidad de introducirse dentro de una creación poeticista, y lo hace nada menos que valiéndose de las “explicaciones”, las “notas al pie de la página” y, si se quiere, de las “paráfrasis en prosa” a que el señor Nevares hace referencia, y, en virtud de las cuales, él mismo ha podido comprender los trozos de la obra que cita, contradiciéndose nuevamente al afirmar que este tipo de elaboraciones literarias tenga que ser literatura para “seis o siete amigos del poeta”, pues ya ha pasado él a ser, con ello, el octavo amigo del autor poeticista, desde el momento en que declara haberlo comprendido. Los autores poeticistas aumentarán el número de sus amigos, si vamos a entender por amigo al que comprende, en razón del número de sus lectores, y es que no se necesita una mente extraordinaria para captar lo que se explica, y no encontramos, además, ninguna objeción al prurito de explicar mientras esto se haga en bien de la inteligibilidad, como no sea una objeción arbitraria, y no nos importa, por la misma razón, que los autores del “género poesía” o de cualquier otro, insistan en no ser comprendidos, esperen ser comprendidos por azar o crean ingenuamente que se les entiende sin que ellos realicen el menor esfuerzo para ser entendidos.

Muy importante es también aclarar al señor Reyes Nevares que deforma nuestros enunciados diciendo que tenemos entre ellos el de la originalidad y el de la claridad, puesto que supone que entendemos por originalidad lo que se ha de lograr a fuerza de asociaciones que a él le parecen “extraordinarias”. La brevedad de estas líneas me impide exponer lo que requiere el cuerpo de un capítulo completo de teoría literaria para su presentación, pero deseo decirle que, desde luego, no es ese procedimiento tradicional el que intentamos utilizar para el logro de la originalidad, como no es tampoco esa rudimentaria idea de la hermenéutica que pretende hallar en González Rojo, la que ha de satisfacer las necesidades

de una literatura como la nuestra que contiene también entre sus enunciados el de la complejidad, enunciado que otra vez lo invitamos a no enjuiciar hasta que sepa: **cómo** perseguimos la originalidad, **cómo** la claridad y **cómo** la complejidad.

Es necesario decir también que Dimensión Imaginaria no es sino un capítulo dentro de una larga obra poeticista que González Rojo se propone construir y dentro de la cual *se* pretenden tratar, como en toda obra poeticista, los asuntos sociales, filosóficos y espirituales en general, así sean de la más complicada dificultad de tratamiento, de manera que aparece tan infantil atacar a un autor poeticista por utilizar un lenguaje lírico cuya complejidad requiere un “aparato explicativo”, como pedir a Heidegger que diga cosas más sencillas o que utilice, para su exposición, métodos asociativos más comunes y corrientes.

Posiblemente se refiere a lo que dice Sartre en “¿El Existencialismo es un Humanismo?” cuando habla de que el autor no debe fundar la teoría que ha de dirigir —predestinándolo— su obra, pues la teoría dice R. N., “viene después, y la elabora el crítico, no el creador, —salvo contadísimas excepciones—”; y con esto niega a González Rojo, en una nueva contradicción, la posibilidad de pertenecer a esas excepciones contadísimas, puesto que ha confesado antes su desconocimiento del Poeticismo, no obstante lo cual, se atreve a decir:

"...si bien del poeticismo no quedará nada a la vuelta de algunos años, Enrique González Rojo será entre nuestros poetas, una figura de gran calidad e importancia".

Sin comprender que si González Rojo ha logrado adquirir un carácter literario importante y una personalidad definida, se debe nada menos que al Poeticismo, que obliga al creador a una consciente reflexión artística sobre su obra.

No se concibe cómo alguien puede lanzar frases lapidarias sobre una

teoría diciendo: "no la conozco pero no es nada importante".

A la vuelta de algunos años, podemos decir, usando las palabras del señor Reyes Nevares, que si de él queda algo, lo que seguramente no ha de quedar es esta crítica suya al libro de González Rojo.

**México, D. F., marzo de 1953, *Suplemento* de EL  
NACIONAL.**